

muchos males. Quiso en un principio que se desviasen de Madrid las tropas del general Solano y que se las encaminase hacia Andalucía. Renovó después esta orden, pero mandando que se enviase parte de ellas al Campo de San Roque, frontero á Gibraltar, y otra á Portugal, para emplearlas en las costas, donde debían ser más útiles que peligrosas, así que se hallasen con los ingleses al frente. Mandó dirigir inmediatamente la primera división del general Dupont del Escorial á Toledo y de Toledo á Córdoba y á Cádiz, para proteger á la escuadra del almirante Rosily, que era el principal objeto de su solicitud desde que se había publicado el cambio de dinastía. Encargó al propio tiempo que se mandase la segunda división del general Dupont á Toledo para que estuviese pronta á sostener á la primera, y la tercera al Escorial para que pudiese sostener á las otras dos. Tomó además varias disposiciones para reforzar al general Dupont. Agregó á su primera división fuerza considerable de artillería, dos mil dragones y cuatro regimientos suizos que servían en España. Mandó anunciar á estos últimos que correrían de su cuenta, bajo las mismas condiciones á que los había contratado la España, no dudando que tendrían más gusto en servir á Napoleón que á Fernando VII; pero añadía en sus instrucciones á Murat que los suizos se conducirían bien si estaban expuestos á una corriente de opinión francesa, y mal si lo estaban á una corriente española. En su consecuencia dispuso que se reuniesen en Talavera los dos regimientos de Preux y de Reding, que habían formado parte de la guarnición de Madrid, para que, apostados en la dirección que llevaba el general Dupont, éste los recogiese al paso. Mandó reunir en Granada los dos regimientos suizos que estaban en Cartagena y Málaga, desde donde habían de ir á juntarse con las tropas de Dupont en Andalucía. Prescribió además al general Junot que dirigiese á las costas de Portugal las tropas españolas, sacase de allí las tropas francesas y llevase dos divisiones de éstas, una á Almeida, hacia Castilla la Nueva, y otra á Elvás, hacia Andalucía. Estaba, pues, destinado el general Dupont á someter toda la Andalucía con diez mil franceses de su primera división, cuatro ó cinco mil de la división enviada por Junot, y cinco mil suizos. Los españoles reunidos en el Campo de San Roque debían juntarse con él y proteger mancomunadamente los intereses del nuevo orden de cosas contra los ingleses y los españoles descontentos. No tenía ya por lo tanto nada que temer la escuadra del almirante Rosily.

Mandó además Napoleón que le enviasen á las Baleares, á Ceuta y á todos los presidios de Africa una parte considerable de las tropas españolas del Mediodía, para que estuviesen estos puntos tan importantes bien defendidos contra cualquier ataque de los ingleses, y tener en aquellas circunstancias las menos tropas españolas posibles en el continente de la península. Hizo dirigir una división hacia el Norte, esto es, hacia el Ferrol, para una expedición á las colonias, cuya importancia y objeto expondremos en breve. Por último, encargó á Murat que dispusiera cierto número de las que estaban en las cercanías de Madrid, en el camino de los Pirineos, para ir las paulatinamente preparando á pasar á Francia, so pretexto de compartir con la división de la Romana la gloria de una expedición á Escania con-

tra ingleses y suecos. Igual disposición se adoptó con los guardias de corps, que tanto odio habían manifestado al príncipe de la Paz y tanto amor á Fernando VII y que tan sospechosos eran por este motivo. Ofrecíaseles el aliciente de una campaña en el Norte de consuno con el ejército francés, dándoles á elegir entre aquella misión gloriosa y su licenciamiento (1). Imposible era en verdad excogitar una distribución más acertada, porque las tropas españolas una vez dispersas y diseminadas en las costas de la Península, Africa, América y el Norte de Europa, y vigiladas en todas partes por las tropas francesas, no podían ofrecer grandes temores. Pero desgraciadamente estaba reservado al arranque unánime de un pueblo grande el frustrar en breve las más profundas combinaciones del genio.

Siguieron á aquellas disposiciones las relativas á la marina. El principal cuidado de Napoleón en aquel primer momento fué preservar á las colonias españolas de los peligros de una sublevación, granjearse el corazón de los españoles poniendo una salvaguardia al interés que más de cerca les atañía, y exaltar su imaginación realizando por último los vastos proyectos marítimos que tenía meditados desde la paz de Tilsit, pero que no se habían llevado á cabo, primero por falta de tiempo y en segundo lugar por falta de una franca cooperación de parte de la España.

Empezó Napoleón mandando que se entablasen numerosas comunicaciones, así con las colonias francesas como con las españolas, y para esto hizo salir de Francia, Portugal y España buques de pequeño porte con proclamas llenas de promesas en sumo grado seductoras, con escritos emanados de todas las compañías de comercio en confirmación de aquéllas, y con emisarios encargados de difundirlas y de distribuir cuantiosos auxilios de armas y municiones de guerra, cuya urgente necesidad habían demostrado los últimos acontecimientos de Buenos Aires. En efecto, todos los colonos habían desplegado el mayor celo en favor de la dominación española, y sólo les habían faltado armas para que hubiera sido eficaz su ardoroso patriotismo. Napoleón, que no sólo lo disponía todo, sino que se convertía además en ejecutor de sus propias órdenes en todos los puntos donde se hallaba, había buscado ya en Bayona, puerto que sostenía á la sazón con las colonias españolas un comercio muy activo, medios de comunicación con América. Había descubierto una especie de buque, sumamente pequeño y muy velero, de muy económica construcción y casi imperceptible en la mar por su reducido velamen, que podía substraerse fácilmente á todos los cruceros enemigos. Hizo salir uno que había ya preparado, y mandó poner en el astillero otros seis con el nombre de *moscas*, para enviarlos á la América española con armas y comunicaciones para las autoridades. Un mes era suficiente para construirlos, y por consiguiente, tenía la certeza de poder contar en breve con un número considerable prontos á zarpar.

Constábale, por los informes tomados en Cádiz, que este puerto era el mejor para las expediciones lejanas,

(1) El autor cree sin duda que el cuerpo de guardias se componía de soldados como los regimientos de tropa común. Así lo da á entender en varios pasajes de la presente obra, con lo que manifiesta no estar siempre muy enterado de lo que escribe.

(N. del T.)

porque los buques, en haciéndose á la costa de Africa y en bajando hasta la región de los vientos constantes del Este, no tenían ya que doblar ninguno de los cabos españoles donde solían abrigarse los cruceros enemigos. Quiso que inmediatamente zarparan de aquellos puertos multitud de buques de pequeño porte, que llevasen como los otros proclamas y municiones de guerra.

Después de estas medidas calculadas para hacer frecuente y activa la comunicación con las colonias, se ocupó en enviar á las mismas fuerzas considerables. Mandó hacer armamentos en el Ferrol, en Cádiz y en Cartagena. Parte del empréstito concedido á España debía destinarse á este objeto, y proporcionar el doble resultado de regocijar á los españoles haciéndoles presenciar una grande actividad marítima y de preparar expediciones capaces de salvar sus posesiones coloniales. Había en el Ferrol dos navíos y dos fragatas en estado de salir á la mar. Mandó carenar inmediatamente otros dos navíos, armar estos seis buques, cargarlos de armas y municiones de guerra y tenerlos en disposición de recibir tres ó cuatro mil soldados españoles que caminaban ya con dirección al Ferrol. Destinábase esta expedición al Río de la Plata, y como habían bastado para expulsar á los ingleses de Buenos Aires unos cuantos centenares de hombres bajo las órdenes del oficial francés don Santiago Liniers (1), y un centenar de franceses en Caracas para frustrar las tentativas del insurgente Miranda, era de esperar que el envío de aquel cuantioso auxilio sería suficiente para poner las vastas posesiones de América del Sur al abrigo de cualquiera tentativa.

Existían en Cádiz hacia largo tiempo seis navíos armados. Mandó Napoleón abastecerlos de víveres y dotarlos convenientemente, y agregarles otros cinco navíos que podían carenarse, armarse y tripularse, con los recursos de aquel puerto, teniendo dinero. Había además en Cádiz otros cinco navíos franceses y varias fragatas, que mandaba el almirante Rosily, y que eran, según dejamos dicho, los gloriosos restos del desastre de Trafalgar, y estaban tan bien organizados como los mejores navíos ingleses. Quiso Napoleón reforzar aquella división con otros dos navíos por medio de una combinación muy ingeniosa y ventajosa para España. Tomó de los fondos del Tesoro de Francia el anticipo necesario para la construcción de dos nuevos navíos, que debían emprenderse en el astillero de Cartagena, puerto donde más frecuentemente se construía por estar el de Cádiz destinado á la carena de las escuadras armadas. En cambio de este anticipo, la España debía prestar á la Francia el *Santa Ana* y el *San Carlos*, dos soberbios navíos de tres puentes, que le serían devueltos después de terminados los dos navíos que se construían en Cartagena. Prescribió Napoleón al batallón de marinos de la guardia que había acompañado á España á los destacamentos de la guardia, que pasase á Cádiz para seguir al general Dupont. Además de aquellos seiscientos ó setecientos ma-

(1) Se empeña Mr. Thiers en hacer francés á nuestro benemérito don Santiago Liniers llamándole en el texto *Monsieur de Liniers*. Ya en otra parte advertimos lo infundado de este empeño, diciendo que aunque de origen francés era Liniers español por su educación y su empleo. Tan español era don Santiago Liniers como francés Napoleón, á pesar de haber nacido corso.

(N. del T.)

rinós excelentes, el almirante Rosily podía perfectamente, sin debilitar su escuadra, destacar trescientos ó cuatrocientos, dándole en cambio el general Dupont otros tantos reclutas de sus batallones, y con estos medios se facilitaba la dotación de los dos nuevos navíos sacados del arsenal de Cádiz. Iban, pues, á reunirse al momento en Cádiz siete navíos franceses y cinco ó seis españoles, entre todos doce ó trece, y con los cinco españoles cuyo armamento estaba mandado, un total de diez y ocho navíos, destinados, como veremos en breve, á la ejecución de los más grandes designios.

La construcción de dos nuevos navíos por cuenta de la Francia iba á reanimar en Cartagena las construcciones, y á reunir otra vez á los cortesanos que andaban dispersos. Había salido de aquel puerto una escuadra de seis navíos con dirección á Tolón. Quedaban dos en estado de navegar.

Mandó Napoleón que se armasen inmediatamente y se les agregasen algunas fragatas. Dispuso que la escuadra de Cartagena refugiada en Mahón pasase á Tolón ó regresase á aquel mismo puerto. Hecho esto último, debía formar allí con los dos navíos que se iban á armar una división de ocho navíos. «Conquiste usted la gloria, escribía Napoleón á Murat, de haber reanimado la marina española durante su administración. Ese es el mejor modo de granjearnos el afecto de los españoles y de motivar de una manera honrosa nuestra invasión.»

Veamos ahora cómo estos preparativos, propios para despertar la actividad en los puertos de España, iban á concurrir con las fuerzas navales ya creadas en toda la extensión del imperio francés. Dejamos dicho que el proyecto de Napoleón se reducía á disponer, en todos los puertos de Europa desde el Sund hasta Cádiz, desde Cádiz hasta Tolón, desde Tolón hasta Corfú y Venecia, escuadras completamente equipadas, y al lado de ellas campamentos que con el regreso del grande ejército pudieran componerse de las tropas más soberbias, para arruinar y cansar á la Inglaterra con la posibilidad siempre amenazadora de inmensas expediciones contra todos los países, como Sicilia, Egipto, Argel, las Indias, la Irlanda y hasta la misma Inglaterra. Es ya tiempo de manifestar en qué estado se hallaba este proyecto, y lo que podía influir en él la reunión de España y Francia bajo una misma potestad.

La expedición de Corfú, destinada principalmente á la Sicilia, había tenido que sufrir muchos contratiempos, pero por último había dominado el Mediterráneo durante los dos meses desde 10 de febrero á 10 de abril. El almirante Ganteaume, que según hemos visto había zarpado de Tolón el 10 de febrero con las dos divisiones de Tolón y de Rochefort, formando diez navíos, dos fragatas, dos corbetas y una urca, sufrió en la noche del 11 un terrible temporal. Dispersa su escuadra, no pudo reunirse; navegó con el navío de tres puentes *Comercio de París* y la división de Rochefort dobló la Sicilia y se presentó á la vista de Corfú, donde entró el día 23. Por su parte el contraalmirante Cosmao, con cuatro navíos, dos fragatas y dos urcas, estuvo largo tiempo recorriendo los mares de Sicilia para reunirse con el almirante, ganó después el cabo de Santa María, punto de reunión que se le había asignado á la extremidad de la tierra de Otranto, y en vez de entrar

en Corfú, donde hubiera hallado el resto de la escuadra, se retiró al golfo de Tarento, dando crédito á la falsa noticia de la aproximación de una escuadra inglesa.

El almirante Ganteaume, que zarpó el 25 de febrero de Corfú para reunirse con la división de Cosmao, después de haber sido por espacio de diez y nueve días juguete de una deshecha borrasca, encontró á su lugarteniente el 13 de marzo, y regresó á Corfú con sus diez navíos, sus dos fragatas, sus dos corbetas y una de sus dos urcas. Depositó en aquella isla municiones y víveres en cantidad considerable, é hizo ascender su guarnición á seis mil hombres. Disponíase á internarse en el estrecho de Mesina para ejecutar el transporte de las tropas francesas á Sicilia, cuando supo por un aviso de José que el almirante inglés Stracham estaba en Palermo con diez y siete navíos; entonces tomó el partido de regresar á Tolón dejando en Corfú sus fragatas acabadas de armar y llevándose la *Pomona* y la *Paulina*, que habían agotado sus municiones y gastado su armamento con su larga permanencia en aquella isla. Contrastado por los temporales del equinoccio, no pudo llegar á Tolón hasta el día 10 de abril.

Esta expedición de dos meses, aunque entorpecida por el mal tiempo, causó no obstante gran satisfacción á Napoleón, el cual determinó que se prodigasen los más pomposos elogios al almirante y á sus oficiales en todos los periódicos del imperio. De aquel ensayo sacó por consecuencia que con un poco más de atrevimiento y de práctica podrían sus almirantes arrojar á las mayores empresas. Mandó inmediatamente carenar los diez navíos del almirante Ganteaume, que contaban con excelentes tripulaciones y con dos oficiales no menos excelentes, los contraalmirantes Cosmao y Allemand; sacar á la mar el *Austerlitz*, el *Breslaw* y el *Donauverth*, y agregar á ellos dos navíos rusos refugiados en Tolón, cuya cooperación había estipulado con el gobierno de su país. Decretó una nueva leva de marinos en las costas de la Provenza, de Liguria, de Toscana y de Córcega, con una agregación de reclutas para armar los tres navíos nuevos el *Austerlitz*, el *Breslaw* y el *Donauverth*, y que se armasen en urcas varias fragatas y buques viejos para que pudieran embarcarse veinte mil hombres y ochocientos caballos. Si la división española de Cartagena se trasladaba de las Baleares á Tolón, su llegada podía aumentar en una tercera ó cuarta parte los medios de transporte.

Acabamos de hablar de los preparativos dispuestos en Cartagena y Cádiz. El general Junot había encontrado en Lisboa dos navíos en buen estado y otro que se estaba acabando de construir á punto de poderse botar al agua. Envióle Napoleón unos cuantos oficiales y marineros, y le encargó que alistase á los marinos daneses, portugueses y españoles que vagaban sin ocupación por Lisboa, para tripular los tres navíos portugueses. Reunida esta división francesa con la del almirante ruso Siniavin, que se componía de nueve navíos, formaba un total de doce excelentes buques.

En Rochefort había substituído Napoleón á la división de Allemand tres navíos que estaban ya en el agua y otro que se echó después. En Lorient había una división de tres navíos, además del *Veterano*, que iba á regresar con varias fragatas y urcas. Hizo disponer en este

puerto medios de embarco para cuatro ó cinco mil hombres. En Brest quedaban de la antigua escuadra siete navíos en buen estado. Mandó agregarles fragatas y navíos armados en urcas, con una sola batería artillada, en disposición de poder transportar á cualquier distancia unos doce mil hombres con muy pocas naves. El mando de esta escuadra se confirió al almirante Villedaumez.

Por último, había ya ocho navíos nuevos que habían bajado de Amberes á Flesinga, sin contar otros doce que se estaban construyendo, algunos de ellos en estado de botarse al agua. Mandó Napoleón destacar de Boloña parte de las tripulaciones de la escuadrilla, organizadas en batallones de marinos, que servían alternativamente de hombres de mar y tierra, y muy idóneos para tripular navíos de alto bordo. La escuadrilla reducida al número de naves que podía fácilmente contener la rada de Boloña, era aún bastante considerable para poder transportar unos ochenta mil hombres en dos ó tres viajes. El rey Luis tenía en el Texel ocho navíos dispuestos y varios destacamentos de tropas holandesas.

Reunía, pues, Napoleón cuarenta y dos navíos franceses ya armados y equipados, y además veinte españoles, armados ó en víspers de estarlo, diez holandeses, once rusos en los puertos de Francia, doce rusos en el Adriático y uno ó dos pertenecientes á la Dinamarca. Lisonjeábase de construir además para fin del año otros treinta y cinco navíos, doce en Flesinga, uno en Brest, cinco en Lorient, cinco en Rochefort, uno en Burdeos, uno en Lisboa, cuatro en Tolón, uno en Génova, uno en la Spezia y tres ó cuatro en Venecia. De estos treinta y cinco navíos estaban ya dos terceras partes construídos. Terminadas todas estas construcciones iban á poseer ciento treinta y un navíos de línea, y su proyecto era poner siete mil hombres en el Texel, veinticinco mil en Amberes, ochenta mil en Boloña, treinta mil en Brest, diez mil entre Lorient y Rochefort, seis mil españoles en el Ferrol, veinte mil franceses en las cercanías de Lisboa, treinta mil en las de Cádiz, veinte mil en las de Cartagena, veinticinco mil en Tolón, quince mil en Reggio y quince mil en Tarento. Con aquellos ciento treinta y un navíos de línea, y aquellos trescientos mil hombres, siempre dispuestos á embarcarse en cualquier punto, no podían menos los ingleses de sufrir un espanto continuo.

Mientras se terminaba este gran despliegue de fuerzas, calculaba Napoleón que los ingleses deberían tener diez navíos en el Báltico para vigilar á los rusos y las operaciones de la Finlandia, ocho para observar las escuadras preparadas en el Texel y en las bocas del Meuse, veinticuatro para contrastar los ocho ó diez de Flesinga, los siete de Brest, los cuatro de Lorient y los tres de Rochefort, cuatro para oponerse á la expedición del Ferrol, doce al armamento de Lisboa, veinte al armamento de Cádiz, y veintidós ó veinticuatro al armamento de Tolón: lo que exigía una fuerza total de ciento dos navíos, sin contar las fuerzas necesarias en América, en las Indias y en todos los mares del globo. Semejante esfuerzo debía ser ruinoso para la Gran Bretaña en caso de tenerlo que prolongar por espacio de dos ó tres años.

Napoleón, sin embargo, no quería limitarse á un mero amago, por muy alarmante y costoso que pudiera ser para la Gran Bretaña, y se proponía sacar de aquellos

inmensos preparativos dos resultados inmediatos: una expedición á la India y otra á Egipto, doble proyecto que absorbía toda su atención así que dejaba de fijarse en el estrecho de Calais. Según su costumbre, había mandado agregar á los buques de guerra medios de transporte reducidos á navíos viejos y fragatas armadas en urcas que permitían transportar mucha gente y copiosos víveres sin llevar en pos un número excesivo de velas. De este modo podía embarcar doce mil hombres en Brest, cuatro ó cinco mil en Lorient, tres mil en Rochefort, unos y otros provistos de víveres para seis meses. Había en Tolón medios de embarco para veinte mil hombres con víveres para tres meses. Iguales preparativos había mandado hacer en Cádiz para otros veinte mil hombres, aunque para una época más remota.

Sacando partido de la incertidumbre en que se encontraría la Inglaterra amenazada por todos los lados á la vez, la expedición de Lorient debía partir la primera para llevar á la isla de Francia los cuatro ó cinco mil hombres que podía embarcar. Si llegaba á su destino, la isla de Francia se iba á convertir con aquel refuerzo de hombres, municiones y fuerzas navales en un apostadero formidable para el comercio de las Indias. La expedición de Brest debía salir la segunda. Si llegaba también á la isla de Francia, el general Decaen, con una fuerza de diez y seis á diez y siete mil hombres y una escuadra poderosa, podría derribar, ó desquiciar por lo menos, el imperio británico en las Indias. Por último, el almirante Ganteaume debía salir poco después con veinte mil hombres para la Sicilia ó el Egipto, mientras la escuadra de Cádiz pudiese seguirle en una de estas dos direcciones. Lo menos que de estas tentativas combinadas podía resultar era, en el Océano un nuevo abastecimiento de nuestras colonias, en el Mediterráneo la conquista de un punto importante, y en ambos mares tal confusión para el almirantazgo inglés que no pudiese ya volver á intentar cosa alguna contra las colonias españolas.

Mientras discutía con tesón estos varios proyectos, ya con el ministro Decrés, ya con los almirantes encargados del mando y disponía su conjunto ó rectificaba sus diversas partes según los consejos de los hombres entendidos, montaba Napoleón á caballo en sus momentos de ocio y recorría la costa marítima examinando el desembarcadero del Adur y recogiendo por sí mismo muchos informes relativos á la marina. Así que puso el pie en las *Landas* y vió los soberbios pinos y robles que yacían en aquel suelo, pudriéndose lastimosamente por falta de medios de transporte, se propuso firmemente dominar la naturaleza por medio del arte. *Brotó sangre mi corazón*, escribía á Mr. Decrés, siempre que veo peecer inútilmente árboles tan preciosos y raros. Mandó primeramente transportar parte de aquellas maderas á Mont-de-Marsán por la corriente del Adur, preparar después tiros de bueyes para acarrearlos hasta Langón y hacerlas bajar luego por el Garona hasta Burdeos y la Rochela. Siendo muy costoso este medio de transporte, se empeñó en que se construyese en el mismo Bayona para emplear el resto de las maderas del país. Para esto no había más obstáculo que la barra que obstruye el río y que en las altas mareas no proporcionaba más que catorce pies de agua, lo cual no era bastante para los na-

viós de setenta y cuatro, que eran los que quería Napoleón construir en aquel puerto. Ideó al efecto varias obras, cuyo resultado debía ser hacer recular la barra algunos centenares de toesas y proporcionar inmediatamente un fondo de veinte á treinta pies, puesto que la profundidad de la mar iba considerablemente aumentando agua adentro y bajando proporcionalmente la barra. Trajo ingenieros de Holanda para discutir y fijar con ellos dichas obras y después adoptó varios proyectos para enviar á las colonias reclutas y las harinas de que carecían, trayendo en cambio azúcares y café, de los cuales no sabían qué hacerse. Empezó ofreciendo á los armadores del comercio un tanto por cada tonelada para el transporte de hombres y municiones; pero las desmedidas exigencias de éstos fueron causa de que se mandasen zarpar por cuenta del Estado las corbetas y fragatas destinadas á conducir reclutas y harinas y traer géneros coloniales. *Para circunstancias extraordinarias*, decía, *hay que emplear medios extraordinarios*; lo peor sería no hacer nada, porque las colonias se morirían de hambre con sus plantaciones de azúcar y café y nosotros careceríamos de unos géneros tan preciosos á pesar de nuestras harinas y de nuestras salazones.

Acababan en aquel momento de llegar á Bayona cierto número de españoles de distinción, que Napoleón había escogido entre las diversas provincias para componer una junta. Habían correspondido á su llamamiento, unos por estar convencidos de que para la felicidad de la patria, para precaverla de una guerra asoladora y para salvar sus colonias y afianzar su regeneración, era preciso adherirse á la dinastía de Bonaparte; y otros porque les tiraba el interés, la curiosidad y la simpatía que inspira todo hombre extraordinario. Entretanto, el movimiento sedicioso que se había declarado en Madrid el día 2 de mayo, iba cundiendo en varias provincias á la vez: en Andalucía por la mucha distancia á que se hallaban las tropas francesas, en Aragón por el espíritu nacional que anima á aquella provincia fronteriza, y en Asturias por causa de cierto instinto de independencia inveterado, peculiar de aquella región inaccesible. En estas provincias los instintos populares sofocaban los consejos de los hombres ilustrados, y las consideraciones políticas cedían ante el atentado cometido en la dinastía nacional. Estas provincias, pues, no podían ni se atrevían á mandar diputados á la junta de Bayona, y el gobierno de Madrid había ocurrido á este defecto nombrándolos él. Algunos de ellos, aunque propensos á ir á Bayona, temían verificarlo, porque empezaba á propagarse la noticia de que ninguno de los que hacían aquel viaje volvían á España, con lo que se llegó á apoderar de los ánimos una especie de pánico supersticioso y popular. De resultas de esto se negaban también obstinadamente á moverse las tropas que debían dirigirse hacia los Pirineos, y con especialidad los guardias de corps, y estas fuerzas quedaban además á disposición de los sublevados. Advertido por Murat de esta preocupación, determinó el emperador que regresasen á su país por algunos días los duques de Frías y Medinaceli, y otros varios personajes, para que todos tuviesen el convencimiento de que cualquiera que fuese á Bayona podía volver á España.

Corrían los últimos días de mayo y el espíritu público se alteraba visiblemente en España, más que todo por

la tardanza en proclamar nuevo rey. Pedía Murat con instancias que se hiciese, en primer lugar para que se decidiese una cuestión que tanto le había preocupado, y además para evitar que ocurriese una alteración mayor en los sentimientos de los españoles. Napoleón, que adivinaba los motivos personales de su cuñado y que no tenía en su mano el activar la respuesta que aguardaba de Nápoles, le escribió en tono sumamente áspero, y Murat, agobiado con mil cuidados y mil esperanzas, alternativamente forjadas y desvanecidas, abrumado por las injustas reprensiones de Napoleón, sucumbió por fin, así por efecto del clima como por sus propias emociones. Cayó en cama con una fiebre casi mortal, que puso su vida en grave riesgo, convencido el vulgo de que el lugarteniente francés sufría el justo castigo de la Providencia. Y no era por cierto pequeño inconveniente en aquellas circunstancias la tal superstición popular y el súbito desaparecimiento de la autoridad del lugarteniente de Napoleón.

Por último, después de tres semanas de espera, supo Napoleón á principios de junio la aceptación y la llegada de José, quien, por causa de las distancias, no había podido contestar ni llegar más pronto. El 6 de junio, víspera de su llegada, decidió Napoleón que se le proclamase rey de España, para que pudiera presentarse en Bayona con el carácter de tal y recibir acto continuo los homenajes de la junta. Expidió al efecto un decreto en que, fundándose en las declaraciones del Consejo de Castilla, proclamaba á José Bonaparte rey de España y de las Indias, y garantizaba al nuevo soberano la integridad de sus Estados en Europa, África, América y Asia. El 7 de junio salió Napoleón á su encuentro por el camino de Pau, y le colmó de obsequios sinceros y estudiados á un mismo tiempo, porque al par que le amaba de corazón, quería darle crédito á los ojos de la junta. José, aunque anonadado por tanta grandeza, estaba no obstante receloso de los obstáculos que preveía y cuya índole le hacía presagiar en parte la pasada insurrección de las Calabrias. Como todos los advenedizos, era mucho menos feliz de lo que le suponía la envidia. José no recibía sino con miedo aquel reino de España que codiciaba Murat con tan extremada vehemencia, y algunas veces en sus amargas aprensiones echaba de menos el delicioso verjel de Nápoles, que no bastaba á consolar la aguda pena de Murat; escena singular, y no la única de su especie, ni la menos extraña, que había de ofrecer aquella familia, momentáneamente sublimada por el esfuerzo de un hombre grande á la región de la fábula, para caer después en la región de las realidades desde la altura de los tronos más encumbrados de la tierra.

Así que llegó José á Bayona, le presentó Napoleón los personajes más calificados de España que había allí reunido, ya como individuos de la junta, ya como hombres de importancia á quienes quería conocer, y á quienes halagaba demasiado la distinción que se les hacía con designarlos, para que se negasen á concurrir. Tenía José en la fisonomía cierto reflejo de la belleza de Napoleón, sin aquella perfecta regularidad, sin aquella mirada y sin aquellos otros rasgos que revelaban en el vencedor de Rívoli y de Austerlitz la presencia de un César ó de un Alejandro. Suplíalos con una extremada dulzura y con cierta gracia, en que iba mezclado su tan-

to de dignidad artificiosa. Los hermanos de Napoleón habían contraído á su lado la costumbre de hablar de milicia, de diplomacia, de administración, y lo hacían muy regularmente, en cuanto no parecían extraños á la extraordinaria posición en que los colocaba el autor de su fortuna. Ninguno de ellos por otra parte carecía de talento; y en parangón con aquellos grandes de España hinchados con su grandeza é ignorantes, ya seducidos por la presencia de Napoleón, José supo agradar sobre manera é inspirar confianza en su capacidad, por sus modales exquisitos y por algunos conocimientos generales adquiridos en Nápoles, de que supo hacer oportuno alarde. Como el servilismo es contagioso, la mayor parte de los españoles reunidos á su alrededor empezaron al punto á encarecer sus virtudes y aun á persuadirse de ellas. Ya los duques de San Carlos, del Infantado, del Parque, de Frías, de Híjar, de Castelfranco, los condes de Fernán-Núñez y de Orgaz, y hasta el mismo famoso Ceballos, tan enemigo de los franceses, se mostraban propensos á creer que el interés de España bien entendido exigía el sometimiento á la nueva dinastía, en lo cual seguramente se engañaban. El ministro de la Guerra, Ofaril, y el de Hacienda, Azanza, llamados á Bayona, participaban ya de la misma convicción; cambio que en ellos era más fácil de explicar porque no eran cortesanos, sino hombres de negocios, no constreñidos á una ciega fidelidad doméstica y deseosos solamente de aspirar en política al mayor bien de su país. Para éstos no podía haber duda acerca de las ventajas de substituir la nueva á la antigua dinastía. Pero ellos mismos, al acercarse á Napoleón, se sintieron penetrados de admiración y dieron casi al olvido los procedimientos que había usado con la familia destronada, prometiendo servir al nuevo rey. Mientras llegaba José, preparó Napoleón de consuno con los españoles presentes en Bayona un proyecto de Constitución acomodado á la época y á las costumbres de España. Convínose en que se reuniría la junta en el local del antiguo palacio episcopal de Bayona, preparado al efecto, se reconocería al rey, y se discutiría la Constitución para que revistiese las apariencias de una adopción libre y espontánea. Así se verificó, con exactitud de todo punto militar. José llegó el 7 de junio: el 14 fué convocada la junta bajo la presidencia de Azanza, ministro de Hacienda de Fernando VII, designado para serlo de José Bonaparte y digno de servir á cualquier rey ilustrado. Hacía de secretario Urquijo. Después de algunos discursos de mero aparato, en que todos repitieron que convenía recibir de mano de Napoleón un príncipe de aquella dinastía milagrosa enviada á la tierra para regenerar los tronos, y que ese príncipe debía ser José Bonaparte, se leyó el decreto imperial que proclamaba á José rey de España y de las Indias; en seguida se llegaron los diputados á él para tributarle los rendidos homenajes de la nación española, cuyas pasiones por desgracia no estaban allí representadas, aunque lo estaban sus luces; y por último, hecho que hubieron á José el acatamiento, fueron á visitar á Napoleón y á dar las gracias al poderoso bienhechor que parecía haber dispensado á España el más risueño porvenir.

En los días siguientes se leyó el proyecto de Constitución y se hicieron sobre él algunas observaciones que se tomaron en consideración. El proyecto estaba calca-

do sobre la Constitución de Francia, salvo algunas modificaciones apropiadas á las costumbres de España, y contenía las disposiciones siguientes:

«Corona hereditaria, transmisible de varón en varón por orden de primogenitura, reversible de la rama de José á las de Luis y Jerónimo, sin que pudiera jamás incorporarse á la corona de Francia, con lo que quedaba asegurada la independencia de España;»

«Un senado, compuesto de veinticuatro miembros, encargado, lo mismo que el de Francia, de velar por la Constitución, revestido también con la facultad de proteger la libertad de imprenta y la libertad individual, por medio de una comisión que declarase los casos en que una ú otra podían haber sido vulneradas;»

«Una asamblea de cortes, que comprendiese con el título de *banco del clero* veinticinco obispos designados por el rey; con el de *banco de la nobleza*, veinticinco grandes de España designados también por el rey; sesenta y dos diputados de las provincias de España y de las Indias, treinta diputados de las principales ciudades, quince comerciantes de nota, quince letrados ó sabios que representasen á las universidades y academias, todos elegidos por aquellos á quienes debían representar, cuya asamblea, reunida por lo menos cada tres años, discutiese las leyes y estableciese para tres años el presupuesto de gastos é ingresos;»

«Una magistratura inamovible que administrase justicia según las formas de la legislación moderna, bajo la suprema jurisdicción de un Tribunal Supremo, que sería el mismo Consejo de Castilla con el título de Tribunal de Casación;»

«Por último, un Consejo de Estado, regulador supremo de la administración, á imitación del de Francia.»

Tal era la Constitución de Bayona, que seguramente estaba apropiada á las costumbres de España y al estado actual de su educación política. No se hablaba en ella ni de inquisición, ni del clero, ni de los derechos de la nobleza, porque no se quería postergar ninguna clase de la nación. Dejábase á la legislación el cuidado de ir sacando y exponiendo en lo sucesivo todas las consecuencias de los principios establecidos en aquella ley, que contenía en germen la regeneración entera de la España.

Terminada la Constitución, celebróse una sesión regia el día 7 de julio en el local consagrado á las sesiones de la junta. Sentado José en su trono, leyó un discurso expresando los sentimientos de gratitud que le animaban al emprender el regimiento de la España y después juró la nueva Constitución con la mano puesta sobre los Evangelios. La junta, á su vez, prestó juramento al rey y á la Constitución. Todos estos actos fueron acompañados de estrepitosas aclamaciones. En seguida pasó la asamblea á Marac á cumplimentar al autor, hartamente obedecido por desgracia, de todos aquellos sucesos.

Urgía que José fuese á tomar posesión de su reino. Decíase ya que los españoles, enardecidos al aspecto de la sangre vertida el día 2 de mayo en Madrid, é indignados por la falsía con que la familia de Borbón había sido arrastrada á Bayona y despojada, se insurreccionaban en Andalucía, en Aragón y en Asturias, y que apenas hallaría el nuevo rey camino seguro para llegar á su corte. Por otra parte urgía también relevar á Murat, que

estaba enfermo, con un delirio continuo, clamando por abandonar un país que le era ya odioso y donde no podía permanecer sin que peligrase su vida.

Napoleón, que empezaba ya á ver claramente y que no quería enviar á su hermano á una nación extraña sin hacerle respetar, preparó nuevas fuerzas para que le sirviesen de escolta. Las reservas de infantería, que había organizado en Orleáns, y las reservas de caballería, que había reunido en Poitiers, habían entrado ya al mando de los generales Verdier y Lasalle y formaban un cuerpo de ejército que ocupaba el centro de Castilla. Con unos cuantos regimientos antiguos sacados del



José Bonaparte

grande ejército, había restablecido los campamentos de las costas, y de estos campamentos reformados pudo sacar cuatro soberbios regimientos, el 15 de línea y los 2.º, 4.º y 12 de infantería ligera. Agregóse algunos lanceros polacos, y además un magnífico regimiento de caballería alistado por Murat en tierra de Berg; y con estos varios cuerpos compuso una división de tropas veteranas, en medio de la cual había de trasladarse José á Madrid, á paso lento, para que pudiesen los soldados seguirle y los españoles ver á su nuevo rey. Debían acompañarle al mismo paso la junta y todos los grandes de España.

Salió José el 9 de julio, escoltado por aquellos veteranos, precediéndole y siguiéndole más de cien carruajes en que iban los miembros de la junta. Condújole Napoleón hasta la frontera de Francia, y allí le abrazó y le deseó buen ánimo, sin decirle lo que su profunda inteligencia estaba ya previendo. No hubiera podido soportar el débil corazón de José tan terribles revelaciones, á pesar de que el genio de Napoleón, esclareci-